

La Última sombra

martes, 07 de junio de 2011

Modificado el jueves, 28 de julio de 2011

La Última sombra

por Javier Estévez

Antes de ser ficción, Macondo ya existía. Era el nombre de una finca de plátanos de la United Fruit que llamó la atención desde niño a García Márquez por su poética sonoridad. De igual modo sucede con Támara, que era como Nostor Álamo llamaba a su ciudad natal en sus primeros artículos publicados en los años veinte del siglo pasado. Támara no fue nunca ficción. Fue producto de la intuición del joven escritor quien sospechó que el viejo topónimo de Tamaragaldar, relegado en la actualidad a un llano situado al poniente de la Dehesa, denominaba a un extenso y frondoso palmeral cuyo corazón palpitaba justo donde hoy se extiende la ciudad de Guía.

De hecho, no hay foto antigua de la ciudad en la que no aparezca la silueta de algún ejemplar aislado de palmera o algún pequeño rodal distinguiéndose sobre las torres de la iglesia, el torreón mirador y los tejados antiguos. Guía estuvo siempre rodeada de palmeras que testimoniaban con su presencia aquel bosque de palmas que fue relegado tras la conquista por casas de barro y piedra y extensos cultivos de caña. Y entre todas las palmeras históricas que se erguan junto a la ciudad siempre destacó el grupo que se alzaba a poniente, en la trasera de la antigua calle del Agua y cuya mejor panorámica se disfrutaba desde el final del Callejón del Molino. Nadie supo jamás su edad, pero nadie tampoco dudó que esos ejemplares centenarios ya vivían cuando sucedió la plaga de langosta y la epidemia de fiebre amarilla hace ya doscientos años, o que estuvieron presentes cuando las primeras campanas repicaron repetidamente desde las torres y anunciaron, tras varios siglos de obras, el final de la fábrica de la iglesia parroquial; también bebieron de los riegos de aguas difanas que anegaron las primeras plataneras cultivadas en los albores del mil novecientos e incluso asistieron calladas al sonoro ralenti del primer coche que se atrevió a subir por las calles empedradas de la ciudad. Juntas atravesaron un tiempo inmenso e inimaginable y juntas consiguieron llegar hasta las postrimeras del siglo veinte imperturbables, sanas, sin lesión ni menoscabo. Hoy, de aquellas altas palmeras que el compositor francés Saint-Saëns tuvo el privilegio de contemplar mientras el alisio mecía sus copas suavemente cada atardecer, y que ninguna tormenta consiguió jamás derribar, solo queda un único ejemplar. Macondo ya no existe en la realidad. Y en la ficción quedó destruido del todo aunque su final fuese tan mágico e insólito como lo fue su fundación. Támara, en cambio, persistirá mientras su única palmera proyecte como cada tarde su última sombra en la ciudad.

San Roque, Junio 2011

Foto: Guía desde el Callejón del Molino en torno a 1890. Autor: Carl Norman. Fuente: Fedac.